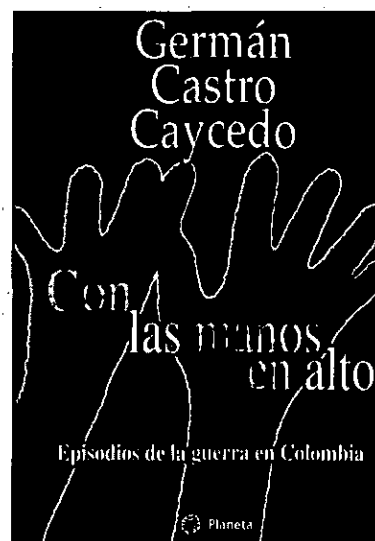
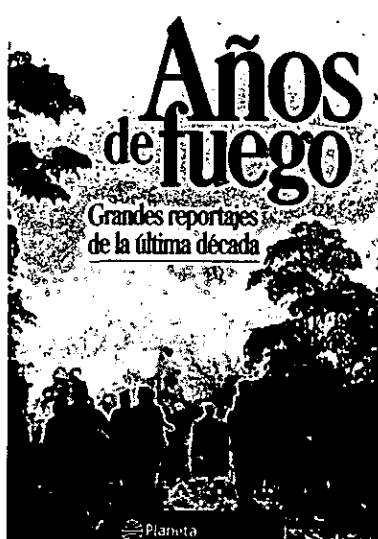


Reseñas



Relatos de alta intensidad

VVAA., *Años de fuego. Grandes reportajes de la última década*, Planeta Editorial y Semana, Bogotá, 2001.

Molano, Alfredo, *Desterrados. Crónicas del desarraigo*, El Áncora Editores, Bogotá, 2001.

Castro Caycedo, Germán, *Con las manos en alto. Episodios de la guerra en Colombia*, Planeta Editorial Colombiana, Bogotá, 2001. VVAA., *El regreso del infierno. Historias de los que volvieron*, Escuela de Comunicación Social y Periodismo, Universidad Sergio Arboleda, Bogotá, 2001.

A fuerza de repetirse, los relatos de guerra —tal como los leemos y escuchamos a diario en los noticieros—, terminan por volverse inaudibles, invisibles, inapreciables, como si detrás de cada asalto guerrillero, de cada masacre, de cada atentado y de las cifras oficiales de víctimas, no hubiera un montón de vidas por contar. Pero la mayoría de las veces los periodistas apenas tienen tiempo para llevar un parte de guerra a sus redacciones y ponerse a salvo, dejando en el camino un reguero de relatos como «minas antipersonales» (por su carga humana) que solo empiezan a circular en los duelos, cuando los dolientes claman justicia. Para entonces apenas quedan unos pocos cronistas dispuestos a hacer el levantamiento de la memoria de los testigos, sin prisas, para narrarla

con géneros de más largo aliento como la crónica y el reportaje, menos cicateros en detalles y en voces que la noticia.

Así procedió la cronista mexicana Alma Guillermoprieto cuando estaba cubriendo la guerra en El Salvador: ante la aparición de un botadero de cadáveres, todos los reporteros salieron de prisa a dar la primicia, mientras ella esperó pacientemente con su fotógrafo a que destapasen la fosa para verificar cuántos cadáveres eran y contó 48 calaveras, que a nadie más parecían importarle. Esa misma sensibilidad frente a la muerte y el dolor de las víctimas de la guerra demuestran los autores en los cuatro libros que aquí se reseñan, publicados a finales del 2001. Narran historias que conmueven, sin apelar a la sensiblería, porque están dotados de contexto y mantienen el tono de denuncia propio del periodismo de investigación. En todos se conjugan la función estética y la referencial porque la voluntad de estilo, la preocupación por las estructuras narrativas y los recursos expresivos, van acompañadas por un ánimo de contar lo que más se aproxima a la verdad. Ese sería el pegamento de estos libros sobre el conflicto colombiano, que pasan a enriquecer la escasamente recogida literatura periodística sobre la violencia en Colombia, en contraste con la voluminosa y algo más estudiada narrativa sobre el periodo de *La Violencia* (el investigador Augusto Escobar Mesa identifica cerca de 70 obras publicadas entre 1946 y 1967).

Justamente a partir de los años sesenta, tras el pacto de olvido que se propuso el Frente Nacional, se dieron a conocer cronistas y reporteros herederos de la tradición de Felipe González Toledo, Alvaro Pachón de la Torre, Alejandro Vallejo, Germán Pinzón y Camilo López, tales como Germán

Castro Caycedo, Paulo E. Forero, Alberto Zalamea, Alegre Lévy, Germán Santamaría, Juan José Hoyos, Iáder Giraldo, Gonzalo Guillén, Antonio Montaña, Marco Tulio Rodríguez, Pedro Claver Téllez, Gloria Pachón, Javier Darío Restrepo, Patricia Lara, Arturo Alape, Olga Behar, Ramón Jimeno, Laura Restrepo, por mencionar algunos, desordenadamente. Y otros a quienes Daniel Samper les rinde homenaje en su antología de grandes reportajes: Héctor Rincón (El cerco a la guerrilla en Anorí), Henry Holguín (La toma guerrillera de un pueblo de Bolívar), Alfredo Molano (Sandra Milena, una víctima de la guerrilla y el desplazamiento), Ernesto McCausland (El día en que llovieron plátanos en un pueblo aterrorizado por la guerrilla).

De algunos de estos reporteros quedan antologías que sirven de antídoto contra la desmemoria, y que vale la pena consultar cada cierto tiempo para comprobar que la historia se repite cíclica y cínicamente en nuestro país. Y otras son antologías de piezas reunidas con un criterio temático y de época, como *Años de fuego*, proyecto editorial coordinado por Carlos Uribe de los Ríos, profesor de periodismo de la Universidad de Antioquia, y por Juanita León, editora de reportajes de Semana, quienes seleccionaron veintidós reportajes representativos de la década de los noventa, signados por la agenda periodística de la violencia y de la corrupción. En la presentación, el director de Semana Alejandro Santos, subraya su interés por fortalecer un «nuevo periodismo» que rompa las viejas estructuras y «destierre el síndrome del espejo retrovisor». Con prólogo del norteamericano Jon Lee Anderson, esta antología presenta la última década de esa Colombia profunda de los guerreros y de las víctimas del conflicto, narrada por más de 20 periodistas veteranos y jóvenes.

Con esta antología se derrumba uno de esos lugares comunes, harto repetidos, de que se acabaron la crónica y el reportaje en nuestras publicaciones. No se dan silvestres, pero aparecen de cuando en cuando con lucimiento y se puede volver a hablar de una vigorosa tendencia, sobre todo por la calidad de la prosa y la riqueza de la información. Como suele ocurrir en tiempos de guerra, luchando contra los elementos, se asoma la vena de los mejores cronistas que documentan las realidades más horripilantes y paradójicas. La ventaja de leer estos textos reunidos está en poder apreciar la pasmosa coherencia de una guerra en la que los ejércitos se retroalimentan y la cadena de odios se reproduce, como cincuenta años atrás. La década de los noventa, con escaladas de la mafia, la guerrilla y los paras, no dio tregua a los cronistas que devinieron en corresponsales de guerra.

Sobresalen historias como la de Pilar Lozano, sobre la situación de los habitantes del Putumayo, atrapados entre los fuegos de las Farc y los paramilitares; de Juan José Hoyos, sobre Víctor Gaviria y su equipo de actores de la película «Rodrigo D», muchachos de bandas que cayeron en la guerra de Pablo Escobar; de José Navia, sobre las protestas del sur de Bolívar, contra el despeje para iniciar los diálogos con el ELN; de Alirio Bustos, quien revive tres días de terror en la masacre paramilitar de El Salado, donde perdieron la vida 40 campe-

sinos; de Alonso Salazar, quien reconstruye la toma guerrillera del pueblito de Caldas donde nació; de Marisol Gómez, que recoge la historia de dos hermanos combatientes en ejércitos distintos; de Leonel Fierro, con la alucinante historia de terror del collar bomba de doña Elvia, contada por su viudo, don Salomón; de Andrés Grillo, sobre el último vuelo de Techos, antioqueño, campeón de parapentismo, muerto por milicianos que codiciaban su equipo.

En estas piezas, citadas por su impacto, se nota el esfuerzo de los cronistas por revivir las escenas de guerra con viveza y por hurgar en la condición humana de los guerreros y de las víctimas. Además de ofrecernos los relatos completos, con la voz de sus protagonistas o testigos, de las noticias que hemos leído o escuchado fragmentariamente, en la sección final se presenta la biografía de cada uno de los autores y el breve comentario sobre la historia y el método de investigación que siguieron, bastante útil para los futuros periodistas.

Alfredo Molano vuelve a cautivar a sus lectores con *Des-terrados. Crónicas del desarraigo*, como suele hacerlo desde su columna dominical de El Espectador y como lo ha hecho con otros siete libros en los que utiliza la técnica de recoger testimonios de vida para construir sus relatos sobre las víctimas de las distintas guerras del país. «Decidí escribir este libro cuando abrí la puerta del piso al que llegué en Barcelona, una tarde triste y oscura de febrero, hace cerca de tres años...», con esta declaración arranca el libro Molano, quien ahora comparte las experiencias de desplazamientos, desarraigos y exilios. En este prólogo habla de su recorrido periodístico por los sitios más apartados del país, «el otro país», y cuenta que en cada viaje surgían nuevas versiones sobre las víctimas de los terratenientes, los gamonales políticos, los comandantes guerrilleros y las autoridades militares, y a medida que iba escribiendo estas historias se iba ganando más lectores, más enemigos, y calificativos como el de «paraguerrillero» que lo llevaron hasta ese piso en Barcelona, desde donde le sigue apostando a la posibilidad de un «acuerdo político profundo que sirva de base a una verdadera democracia».

El único afán de este sociólogo, mudado en cronista, es mantener viva la memoria de los colombianos sobre una violencia de vieja data. Entre estos ocho relatos escritos con la precisión, viveza y contundencia características de su estilo, sobresale «El barco turco», relato de un niño que, huyendo de los paras, llegó desde el río Atrato hasta Cartagena y se embarcó como polizón en un barco turco, escapando esta vez del comerciante que intentó quemarlo vivo en una alcantari-lla. Esta noticia, que tuvo su paso fugaz por los diarios y noticieros, quedó convertida en un estremecedor relato en la voz de Toñito y la del médico que le salvó la vida y quiso adoptarlo, pero las trabas legales se lo impidieron. Otra historia que conmueve hasta las piedras es la de Nubia, la catira, la llanera viuda y con hijos, errante de pueblo en pueblo por la violencia: «ahora vivo como una gallina clueca y sin nido, de aquí para acá y de allá para acá». El autor intenta con estos relatos dejar en evidencia verdades de a puño que algunos se empeñan en negar: como la complicidad entre los paramilitares

y militares, la guerra de poderes por el territorio y por la coca, las retaliaciones de la guerrilla, la indiferencia del gobierno y de las instituciones ante los perseguidos, el negocio de los corruptos. Cuidadoso cultor de los testimonios de vida, Molano le pone rostro a los dramas y los personaliza hasta capturar los más íntimos sentimientos, los recuerdos esquivos, los gestos y la voz de sus personajes (incluyendo los registros del habla regional que le dan identidad y sabor a cada historia). Nada más auténtico que estos testimonios, sin impostaciones ni artificios literarios, logrados con la paciencia de quien sabe escuchar y preguntar. En este género periodístico-literario Molano sigue siendo el maestro insuperable.

Maestro también en mantener viva la memoria de los colombianos es Germán Castro Caycedo, que comienza *Con las manos en alto* con esta frase: «Pienso que más allá de recordar, hoy en nuestro medio el reto es no olvidar la tragedia, realmente se trata de construir un mañana distinto [...] Un mañana en el cual las piedras se hayan olvidado de sangrar, como le escuché decir a una mujer en el Carmen de Bolívar». Y su propósito con este libro fue escuchar a las víctimas del conflicto que viven con las manos en alto, pero con la esperanza de seguir viviendo y de construir un futuro mejor. Castro Caycedo, que vuelve al estilo periodístico después de *Candelaria*, su poco afortunada novela *prima*, recoge relatos íntimos de los protagonistas del conflicto —desde actores hasta víctimas—, para desnudar sus odios y sus temores.

Abre el libro el testimonio de uno de los secuestrados en el kilómetro 13 de Cali. Pese al exceso de licencias literarias que algunas veces se toma el autor —con el abuso de la voz omnisciente cuando habla de un muerto, por ejemplo, o la intervención ostensible en algunos testimonios y las digresiones editorializantes—, la fuerza de las historias, la viveza de los diálogos y la puntillosa recreación del ambiente, mantienen el interés del lector. Sorprende sobre todo la agudeza para retratar no solo a las víctimas, sino también a los victimarios, mostrándonos los resultados de la injusticia consuetudinaria en nuestro país. Entre estas historias sobresale la de «Linda Iris, ¿me amas?» donde un médico rural narra las peripecias por las que pasa para cumplir su juramento a Hipócrates, sin ser acusado y sentenciado por los paras, la guerrilla o el Ejército. La sabiduría y el escepticismo acumulados por ese médico de guerra, se advierten en cada expresión suya: «La guerra es así. ¿Cómo puede uno andar entre un acuario sin mojarse?».

En otros relatos queda a la vista la correlación de los medios y su miope cubrimiento de los hechos de la guerra, como cuando los noticieros o los periódicos, como *El Tiempo*, anuncian con júbilo el éxito de las ofensivas del Ejército contra la guerrilla, inflando el número de bajas de la guerrilla y los resultados, ante la estupefacción de los colombianos. Incluso, denuncia el escritor, los periodistas han caído en la trampa de las llamadas “operaciones psicológicas” que utiliza el Ejército para manipular a la opinión pública desde los medios, con supuestas chivas o exclusivas.

Además de los relatos, el libro incluye artículos con un enfoque geopolítico del conflicto en Colombia, para mostrar los intereses extranjeros que se mueven en razón de las ventajas de nuestro estratégico territorio, y en particular se refiere a la intervención de Estados Unidos con su redefinición del concepto de Seguridad Nacional tras el atentado del 11 de septiembre. Crítico de la política mendicante de Colombia frente al concierto de las naciones, que nos ha llevado a perder la dignidad, Germán Castro acude a fuentes de alto nivel para comprobar sus hipótesis y nos sorprende con datos reveladores sobre las bondades del Plan Colombia para la industria bélica norteamericana. Mejor dicho, el sabueso reportero que es Germán Castro, nos demuestra con hechos y argumentos de peso que lo que nos temíamos de la dichosa ayuda es verdad, y que el componente militar es el predominante (así lo niegue el gobierno, sin poner reparos a los asesores militares, los mercenarios y a un equipamiento bélico tan obsoleto como peligroso que nos ha llegado por la generosa vía).

Desde el ángulo de uno de tantos periodistas norteamericanos que llegaron a Colombia por la visita de Clinton, afirma que esta guerra «ha sido diseñada por Washington con el pretexto del tráfico de drogas y de una guerrilla poderosa». Estos textos, donde abundan las referencias a publicaciones especializadas o a la prensa crítica del Plan Colombia, que no son de diaria consulta de los colombianos, denuncian lo que muchos analistas no se han atrevido a denunciar en nuestros medios de comunicación. Este es el valor añadido del último libro de Castro Caycedo: con las manos en alto, pero no con los ojos cerrados.

Con las pies engrillados estaban los soldados y policías secuestrados por las Farc en el Caguán, que el 28 de junio del 2001 llegaron a Tolemaida, donde los fue a entrevistar un grupo de estudiantes de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Sergio Arboleda. *El regreso del infierno. Historias de los que volvieron* es el resultado de este ejercicio periodístico, destacable por su profesionalismo. Sin otra pretensión que mostrar los rostros de las víctimas del conflicto, nos ofrece la memoria fresca y dolorosa de quienes pasaron casi tres años de sus vidas, 1.060 días, metidos en un campo de concentración y el testimonio de las mujeres —madres y esposas— que dieron una batalla sin cuartel por recuperarlos.

Estos testimonios de vida de una veintena de uniformados y madres, reivindican el dolor de los secuestrados que pertenecen a la otra Colombia: la de la gente anónima y sencilla, la de los jóvenes, narrada en este libro también por jóvenes, con la valiosa asesoría de profesores-editores como Fernando Garavito, Miguel Ángel Flórez y Juan Manuel Ruiz, entre otros periodistas reconocidos. Aunque desiguales en su calidad, todas las piezas se sostienen por la fuerza de los testimonios, con el detalle minucioso de la captura, la cotidianidad en ese encierro y la liberación, en medio de sentimientos de desesperanza y abandono por parte del Estado.

Como paratextos de utilidad para el lector están las fotografías, el glosario de términos al final del libro y unas páginas en blanco "para las historias de los que faltan por regresar". Un admirable esfuerzo periodístico de la Universidad Sergio Arboleda, que ojalá se replique en otras universidades del país para ir formando criterio y puliendo las armas del lenguaje de futuras generaciones de periodistas.

Aunque en este repertorio seguramente faltan varios libros de relatos sobre el conflicto, me atrevo a recomendar el último, que todavía no está impreso, pero es cuestión de recoger las crónicas de la serie "Voces de la otra Colombia", publicadas en el periódico El Tiempo desde finales del año pasado, para encontrar excelentes historias que ayudan a reconstruir el mapa y la cronología de la reciente violencia en Colombia.

Maryluz Vallejo M.

Departamento de Comunicación.



El periodismo y la guerra

Sánchez, Gervasio y Leguineche, Miguel, *Los ojos de la Guerra*, Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 2001.

Como piezas de un rompecabezas, cada uno de los 70 artículos que hacen parte de la compilación de Manuel Leguineche y Gervasio Sánchez contribuyen a la recreación de la compleja imagen y significados que adquiere el periodismo en situaciones de guerra.

El adjetivo "complejo" con el cual se califica a estas imágenes y significados, debe ser entendido en una doble dimensión desde la cual sean considerados no solo el oficio como tal sino también las condiciones en las que hay que ejercerlo en el mundo contemporáneo.

Para el primer caso, el del oficio, algunos autores de «Los ojos de la guerra», título con el cual se ha bautizado a esta extraordinaria compilación, han intentado responder a preguntas como ¿por qué han elegido reemplazar la tranquilidad de las salas de redacción por los peligros de informar desde las zonas de conflictos?, ¿cómo se trabaja en dichas zonas? y ¿qué se pretende con todo ello? En las respuestas de estos autores hay más coincidencias que diferencias. Los reporteros de guerra se identifican con el propósito de contribuir a hacer del mundo un lugar mejor: se arriesgan a denunciar violaciones de los derechos humanos, abusos de quienes imponen el poder por la fuerza y de quienes representan intereses políticos y económicos de las naciones más poderosas.

En todo caso, la intención parece ser la misma, esto es, la de movilizar a la opinión pública, a través de imágenes de prensa y de televisión, para presionar a que se produzca una intervención internacional que frene la barbarie a la que, en cada conflicto, se ve sometida una buena parte de la población de los países que atraviesan por estas situaciones.

Pero para los reporteros de guerra arriesgar sus vidas, para dar a conocer al mundo lo que de otra manera sería desconocido y traducido en una gran ganancia para quienes se benefician egoístamente de la guerra, no representa siempre un beneficio que vaya más allá de la satisfacción personal y profesional.

Como muchos de los autores lo han señalado, una buena parte de estos reporteros trabaja *free-lance* para las grandes agencias internacionales de noticias, es decir, sus informaciones son recibidas por las agencias como trabajos ocasionales que no ameritan contratación fija ni seguridad laboral para quien lo hace.

Sin embargo, como antes se mencionó, la complejidad del oficio no es la única que deba considerarse a la hora de pretender hacerse a una idea o a una imagen de la reportería de guerra, puesto que de esta imagen también hacen parte las condiciones mismas en las que se desarrolla este trabajo.

A este respecto, las apreciaciones de los autores de «Los ojos de la guerra» dejan ver que lo que se ha denominado como sociedad de la información tiende a lo que Pablo Planas denominó como tele-trampa, esto es, una profunda contradicción entre los principios y propósitos éticos de la profesión y los intereses comerciales y políticos con los que se enfrenta la información que pasa por los medios de comunicación masivos.